
Parte I:

Décima Asamblea de la Federación Luterana Mundial



A. El tema:

“Para la sanación del mundo”

¿Por qué la comunidad luterana de iglesias se congrega en asamblea?

¿Por qué razón habríamos de reunirnos procedentes de todo el mundo en asamblea? Hay razones estipuladas en la constitución de la FLM, como son la de elegir las autoridades e integrantes del Consejo, y la de tomar decisiones en función de los informes. El negocio que nos ocupará en la asamblea será de importancia para determinar la conducción y dirección futura de nuestro quehacer como FLM. Pero, aparte de estos asuntos requeridos constitucionalmente, hay razones profundamente teológicas que explican por qué nos congregamos.

La iglesia (*ecclesia*) – en su condición de pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo– es por naturaleza una “asamblea”. La asamblea de la FLM le permite a sus iglesias rendir culto, dar testimonio, consultar y conversar en conjunto sobre asuntos de interés común para toda la iglesia, y al mismo tiempo expresar su unidad como parte de la nueva comunidad en Cristo, que es una y universal.

En la actualidad la FLM se considera algo más que una simple federación de iglesias afiliadas sin ataduras: somos una *comunidad* de iglesias unidas por la Palabra y el sacramento. Esto nos aglutina de una manera más profunda que cualquier estipulación estatutaria. Cuando quiera y dondequiera que nos reunimos en congregaciones locales para escuchar la Palabra y celebrar los sacramentos, se nos hace recordar que lo hacemos como parte de una comunidad de santos de alcance universal. La Palabra y los sacramentos dan testimonio de que el Dios trino se ha comunicado

con nosotros, creando comunión con Dios y de unas personas con las otras.¹

Esta comunión más amplia debe constituirse para nosotros en algo más que una realidad abstracta y anónima. Debemos estar en condiciones de tocar, oír, degustar y experimentar esta realidad en forma directa. En su abnegado amor, Dios se encarnó en una persona humana. De manera semejante, la comunión que compartimos mutuamente debe encarnarse en modos de comunicación e interacción muy humanos y directos de persona a persona, los cuales hagan prosperar, pongan a prueba y profundicen el verdadero sentido de una comunión.

Si bien hay en la actualidad múltiples maneras de comunicarse, todas ellas son deficientes en comparación con reunirse cara a cara, al mismo tiempo, en un mismo lugar, como seres de carne y hueso. Al estar presentes las diferentes personas, nos damos cuenta quién realmente es nuestra hermana o hermano en Cristo, y se ponen en tela de juicio nuestras generalizaciones. Al convivir y trabajar unas personas con otras durante varios días, nos percatamos de nuestras situaciones y percepciones significativamente diferentes, como también de lo que tenemos en común. Por la gracia de Dios, comenzamos a compartir nuestros dolores y alegrías, nuestras cargas y talentos, y en ese proceso adquirimos un sentido más profundo de lo que sucede por la Santa Comunión:

... por el intercambio de las bendiciones de Cristo y nuestros infortunios, nos constituimos en un pan, un cuerpo, una bebida, y tenemos todas las cosas en común... De esta manera nos convertimos unas personas en las otras y devenimos en una comunidad de amor.²

Aquí recibimos la promesa, la anticipación de la comunión de Dios con toda la crea-

ción en su reino venidero. Este congregarse en Cristo, por el poder del Espíritu Santo, acarrea consecuencias importantes y persistentes para nuestra vida en común como iglesias en todo el mundo.

La entrega de sí mismo por parte de Dios, lo cual constituye comunión con Dios en la fe, procura expresarse en formas de mutua participación en sus aspectos espirituales y materiales por igual.”³

Este Dios trino también nos envía al mundo por causa de su misión. Prestar atención a lo que esa misión significa “para la sanación del mundo” constituye la razón principal por la que las iglesias afiliadas a la FLM se habrán de congregarse en Winnipeg. Aglutinadas por el poder del Espíritu de Dios, estamos en condiciones de hablar honestamente sobre los desafíos que enfrentamos, y de discernir, debatir y decidir de qué manera serán abordados estos desafíos a través de nuestro continuo trabajo como comunión.

¿Cómo vamos a dar fiel testimonio en palabra y obra “para la sanación del mundo”? ¿Cómo vamos a abordar las tensiones y problemas que confrontamos en el seno de nuestras iglesias y sociedades? ¿De qué manera puede esta comunión luterana de iglesias, como parte de la iglesia más amplia, promover la misión omni-abarcadora de Dios en y a favor del mundo?

El Consejo de la FLM ha estipulado los siguientes propósitos específicos para la Décima Asamblea:

- Explorar modalidades de ser instrumentos de Dios para la sanidad, la justicia y la reconciliación, en medio del quebranto en la iglesia y en la sociedad;
- Profundizar la comprensión y experiencia de la comunión luterana, encarando las diferencias y desigualdades que existen entre nosotros y compartiendo nuestros dones;
- Comprometerse con una cooperación más estrecha y profunda en el movimiento ecuménico y con la vida en comunión que nos es dada en Cristo;
- Discernir los desafíos que se le presentan a las iglesias luteranas en el contexto pluricultural y plurirreligioso de la actualidad;
- Abordar los desafíos espirituales, sociales y medioambientales provocados en especial por la globalización económica.

Un tema que es continuación de asambleas anteriores

Aun cuando el término “sanación” (o alguno equivalente) no aparezca en los temas de otras asambleas, la necesidad de restauración estaba implícita en muchas de ellas.⁴ En la Primera, celebrada en 1947 en Lund, Suecia, bajo el tema: “**La iglesia luterana en el mundo de hoy**”, las iglesias afiliadas se mostraron decididas a perdonar y superar su imagen negativa de quienes habían sido sus enemigos. Se comprometieron a vivir y trabajar juntas como federación por la sanidad del mundo, particularmente en favor de quienes clamaban: “nos estamos desangrando”. Frente a lealtades competitivas, la FLM procuró cultivar y mantener una clara integridad confesional y trasladarla a la tarea de suplir las necesidades de la postguerra, especialmente en Europa.

La Segunda Asamblea se realizó en 1952, en Hannover, Alemania, una ciudad destruida por la guerra, y bajo la sombra de la fisura este-oeste. En reunión bajo el tema “**La Palabra viviente en una iglesia responsable**”, se puso de relieve un compromiso responsable para con la sociedad, a fin de rectificar el previo quietismo luterano frente a la problemática política. Se estableció un

departamento de teología, junto con departamentos dirigidos al servicio mundial y a la misión, subrayando la importancia del trabajo en estos ámbitos. Si bien todavía era mayormente europea y norteamericana, otras regiones del mundo comenzaban a estar representadas por derecho propio, junto con las primeras personas laicas en prestar servicio en el comité ejecutivo.

La única asamblea anterior que se reunió en suelo norteamericano fue la Tercera Asamblea (1957), en Mineápolis, Minesota. Las iglesias se congregaron bajo el tema: **“Cristo libera y une”**, en una época en que muchas iglesias luteranas padecían la represión bajo el comunismo y, especialmente en África, luchaban por superar el colonialismo. En los Estados Unidos de América, las iglesias crecían, y comenzaba el movimiento de derechos civiles. Implícita en estas realidades contextuales estaba la necesidad de sanear el pasado. Se prestó atención significativa al trabajo teológico confesional, como también al testimonio público de las iglesias luteranas en el mundo. Se adoptaron varias tesis que fueron transmitidas a las iglesias afiliadas.

Hubo más representantes de países del sur cuando se reunió la Cuarta Asamblea en Helsinki, Finlandia, en 1963, bajo el tema **“Cristo Hoy”**. En vista de la nueva alborada de ecumenismo surgida a raíz de Vaticano II, se estableció una Fundación para la Investigación Interconfesional de la FLM. El enfoque principal de esta Asamblea fue la doctrina de la justificación, pero no se logró un consenso sobre su significado en la actualidad.

Frente a la controversia sobre la decisión de no ir a Brasil en 1970, debido a la situación política en ese país, la Quinta Asamblea se reunió, en cambio, en Evián, Francia, bajo el tema: **“Enviados al Mundo”**. Una vez más, “el mundo” aparecía prominentemente en su tema, junto con la convicción de que la iglesia no puede permanecer separada de un mundo de conflictos políticos. Si bien se expresaron algunas preocupaciones de que, al abordar cuestiones ético-sociales, se obscu-



reciera el acento teológico, se tomaron posiciones firmes en cuanto a derechos humanos y otras cuestiones sociales en favor de la restauración del mundo al cual la iglesia es enviada. Se hizo el compromiso de incluir más plenamente a iglesias del sur, como también a las mujeres y a la juventud en el proceso de toma de decisiones.

En 1977, la Sexta Asamblea se verificó por primera vez en el sur, en Dar es Salaam, Tanzania, bajo el tema: **“En Cristo – una nueva comunidad”**. Para entonces, el 40 por ciento de los delegados eran de iglesias del sur, y el 25 por ciento eran mujeres. Se tomó la valiente e histórica decisión de declarar que se presentaba una situación de *status confessionis* por cuanto, bajo el sistema sudafricano de apartheid, una iglesia estipulaba exclusiones de su feligresía por razones de raza. Se prestó atención a las causas generadoras de la injusticia, en busca de sanidad para la sociedad, y a una “diversidad reconciliada”, a fin de remediar divisiones en la iglesia.

Reunida por primera vez en un país de gobierno comunista, en Budapest, Hungría, bajo el tema **“En Cristo – esperanza para el mundo”**, la Séptima Asamblea, verificada en 1984, tomó la solemne decisión ulterior de suspender de su afiliación a la FLM a dos iglesias sudafricanas de raza blanca. También trató de sanear el doloroso legado de la relación entre iglesias lute-

ranas y el pueblo judío, el legado de la exclusión de mujeres de ser partícipes plenas en la iglesia, y la permanente preocupación por subsanar las divisiones en la iglesia mediante actuaciones ecuménicas.

La Octava Asamblea de 1990 en Curitiba, Brasil, se desvió hacia un tema que se asemeja al de 2003. Bajo el tema basado en el éxodo, “**He escuchado el clamor de mi pueblo**”, la Asamblea enfocó su atención a situaciones de opresión política y económica en todo el mundo, y llamó a la acción de solidaridad con la gente y el resto de la creación en sus sufrimientos. Se prestó considerable atención también a la emergente naturaleza de *communio* de la FLM, y a la amplia reestructuración ideada para expresar más claramente este hecho.

Por último, en su primera reunión en Asia, la Novena Asamblea de 1997 volvió a otro tema cristológico, “**En Cristo – llamados/as a dar testimonio**”. La reunión de Hong Kong, a pocos días de su devolución a la jurisdicción de China, reunión que también se daba en un contexto donde los cristianos, ya no digamos los luteranos, son una minoría distintiva, fue notable.

Es evidente que el tema de la Décima Asamblea, en Winnipeg, es una continuación y se apoya en los temas de asambleas anteriores:

- Desde el principio ha estado presente el tema de prestar atención al mundo, ya sea explícita o implícitamente. Los problemas, divisiones y tensiones del mundo han afectado profundamente lo que significa para la iglesia congregarse en asamblea en un tiempo y lugar determinados. Si bien la agenda de la iglesia no debe reducirse a la agen-

da del mundo, no puede pasar por alto los desafíos a la fe y al discipulado que surgen del mundo. La fe que confesamos trasciende lo privado; tiene implicaciones públicas por causa del mundo.

- La idea de “sanación”, o algún otro término con esa connotación, ha estado implícita en muchas de las temáticas y decisiones de las asambleas anteriores. La sanación es elemento esencial de la vocación de la iglesia: proclamar la buena nueva de la salvación en Jesucristo; tender puentes entre las diferencias sociales, políticas y económicas; comprender la significación de la justificación en la vida de las personas creyentes en el mundo; actuar en favor de la justicia y la paz y la reconciliación; rectificar políticas de exclusión; empeñarse en sanar divisiones en la iglesia y en relación con personas de otros credos religiosos. De innumerables maneras las iglesias afiliadas están trayendo calladamente la sanación a comunidades de todo el mundo.
- En muchos de los temas de asambleas anteriores, se proclama claramente a Cristo como quien realiza lo que el mundo busca. El tema para la Asamblea de 2003 hace que la persona que lo oye se detenga e inquiete: ¿quién o qué cosa es “para la sanación del mundo”? En vez de contestar inmediatamente con “Cristo” como respuesta, se nos invita a reflexionar más profundamente sobre la manera en que Dios, quien nos crea, redime y sostiene, tanto a las personas como a toda la creación, está verdaderamente “para la sanación del mundo”. Además del papel esencial de Cristo, ¿cuál es el papel, frecuentemente pasado por alto, del Creador y del Espíritu?

¿Cómo podría este tema captar la atención de gente que vive en un mundo escéptico y pluralista? Cuando se reúnan en Winnipeg personas luteranas de todo el mundo, ¿cuál será el testimonio público que lleven a Canadá?

Un tema consecuente con el quehacer de la iglesia luterana

Sanar es una temática que ha dado forma a la FLM. La obra diaconal en el ámbito internacional, especialmente la atención a los refugiados de la segunda guerra mundial, fue clave para su fundación. Aunque al inicio se centraba en suplir necesidades de luteranos, lo que estaba en juego era la “sanación” en su sentido más amplio: proporcionar ayuda de emergencia, asistir a personas desplazadas para que establecieran sus hogares en nuevas tierras, curar heridas físicas y emocionales de la guerra, y procurar la reconciliación de quienes vivían detrás de la Cortina de Hierro. A través de los años, esta labor comenzó a cambiar, derivando especialmente a regiones tales como el Oriente Medio, Asia y África. Se han establecido instituciones que proporcionan servicios vitales de salud y educación. Este trabajo diaconal en el ámbito internacional, tal como se practica actualmente a través del Departamento de Servicio Mundial, ha sido por mucho tiempo el centro de la identidad reconocida de la FLM, especialmente en lugares donde la presencia luterana es escasa en todo lo demás. Esta labor continúa siendo fundamental en la FLM hoy día, dándole una característica como organización eclesial internacional.

A lo largo de los años se ha ido incrementando la conciencia de que, además de proporcionar estos servicios, es preciso examinar y abordar las causas generadoras de la pobreza, la violencia y otras injusticias, no sólo por parte de organizaciones internacionales de envergadura, sino también por parte de las propias iglesias. Es preciso comprender y practicar la diaconía en función de factores sistémicos más amplios. Previo a la Asamblea se realizará una consulta mundial de la FLM en Sudáfrica bajo el lema “Diaconía profética: por la sanación del mundo”, teniendo a la pobreza, el VIH/SIDA, y la violencia como instancias que desafían y expanden

lo que la diaconía debiera atender en la actualidad. Se espera que los resultados de esa consulta sean un insumo para la Asamblea.

En el período 1997-2000, la FLM se abocó a un estudio teológico empírico sobre cómo las iglesias luteranas conciben y practican lo que significa ser una comunión en la sociedad. Una de las observaciones que surgen de ese estudio es la centralidad que la labor diaconal (o “pastoral social”) ha adquirido en el reconocimiento del perfil de las iglesias afiliadas.⁵ En realidad, podemos preguntarnos si esto, junto con la Palabra y los sacramentos, no se está constituyendo para el luteranismo en una de las marcas de la iglesia (*notae ecclesiae*).

‘Palabra y sacramentos’ ha sido, por supuesto, la expresión con la que las confesiones luteranas han identificado por mucho tiempo lo que es esencial en la iglesia. El poder terapéutico de la palabra proclamada, especialmente en función de ley y evangelio, ha sido por cierto una marca distintiva del luteranismo. De igual importancia, aunque tal vez insuficientemente acentuado en muchas iglesias luteranas, está el poder restaurador de los sacramentos del bautismo y de la santa comunión, al igual que la oración comunitaria y la confesión y perdón del pecado. La cura de almas ha sido y continúa siendo una temática destacada en la mayoría de las iglesias luteranas. De esta y otras maneras, ‘sanar’ ha sido el quehacer de las iglesias desde hace rato: recibir en la comunión, consolar, orientar, amonestar, anunciar y encarnar el perdón de Dios.

El tema de la Asamblea abarca estas dimensiones reconocibles de la iglesia, que se pondrán de relieve especialmente en la vida de culto de la Asamblea. El tema se basa en estas maneras de conceptualizar la sanación, al mismo tiempo que nos impulsa hacia afuera en favor de la restauración del mundo.



Un mundo desesperadamente necesitado de sanidad

Al llamarnos la atención sobre el mundo, el tema nos hace recapacitar en que:

- El mundo como creación de Dios ha sido dotado por él de existencia y dignidad. Dios se encarnó en este mundo. Éste no está dualistamente separado de un ámbito espiritual de la vida, sino que es el lugar donde nosotros percibimos y participamos en el drama de la actividad de Dios en toda la tierra habitada (*oikos*).
- El mundo está también caído, el pecado y la ruina son más que evidentes en las distorsiones y traiciones humanas a lo que Dios nos ha dado y sus propósitos, en las injusticias que niegan la dignidad de todas las personas, y en la violencia que destruye la vida misma. Un mundo imbuído de pecado y de quebranto tiene desesperada necesidad de restauración, de ser sanado.
- Como personas de fe, nosotros mismos estamos en necesidad de sanar. También nosotros somos llamados a participar en la restauración o transformación del mundo, por medio de simples actos de servicio –la fe que actúa por el amor– como también por medio de acciones más amplias que modifiquen políticas y prácticas que hieren y dañan lo que Dios ha creado y sustenta. Todas las personas de fe integramos el grupo de agentes terapeutas y diaconales de Dios.

- Participamos en esta práctica sanadora conscientes de que en última instancia no son nuestros esfuerzos lo que sana al mundo, sino que es Dios quien promete una nueva creación, la salvación de toda la tierra y el cosmos. El cumplimiento de esta esperanza está en manos de Dios y depende de sus tiempos, no de los nuestros, y sin embargo es esta esperanza escatológica lo que inspira y sustenta nuestros esfuerzos.

Al fenecer el pasado milenio, se hizo mención de algunos signos promisorios de restauración, tales como los esfuerzos por curar enfermedades, mejorar la salud de las comunidades, liberar a quienes han estado en opresión, reconciliar a las personas de diferentes ideologías, razas y nacionalidades. Muchas personas anticipaban con esperanza un nuevo milenio de paz.

Sin embargo, al paso que se sanaban viejas divisiones, surgían nuevas. El pecado y sus efectos siguieron manifestándose en formas conocidas, como también en formas alarmantemente nuevas. Estallaron viejas y nuevas rivalidades, dejando al descubierto lo ilusorio de que las viejas heridas realmente se habían curado. Las personas que quedaban rezagadas por efecto de las fuerzas de globalización, resultaron aún más arruinadas, heridas y devastadas, mientras que otros sectores alcanzaban vertiginosas alturas de abundancia. Las primeramente nombradas buscaban a veces refugio en expresiones de fundamentalismo, mientras que los segundos celebraban lo que es posible conseguir ahora gracias al flujo universal postmoderno de cultura, tecnología y capital. Algunos temían una violenta “confrontación de civilizaciones”. El espíritu ecuménico de apertura ha cedido paso, en muchos lugares del mundo, a incisivas nuevas formas de balcanización religiosa.

La esperanza de un progreso humano universal hacia la sanidad, la justicia y la paz, sigue siendo puesta a prueba severamente. La propia tierra se fractura por mo-

Al prepararse la gente luterana para su reunión en Winnipeg en 2003, ¿qué oraciones, palabras y acciones específicas vamos a llevarle a este mundo herido y aterrador en que vivimos?

vimientos sísmicos u otras catástrofes naturales, y miles de personas, ya de por sí empobrecidas, se encuentran repentinamente sin hogar. Por causa del lucro económico o político, gobernantes desesperados ejercen un poder despótico sobre sus ciudadanos, cuyas vidas se vuelven desechables. Bajo las políticas de instituciones financieras internacionales, la economía de un país puede precipitarse en un caos, haciendo añicos el sustento y el futuro de su gente. En relámpagos de inimaginable destrucción, el poder y las posibilidades humanas pueden ser súbitamente arrojadas a un estado de crisis. La paz y el bienestar relativo pueden desaparecer en una masiva nube de cascajo humano. Semejante vulnerabilidad y devastación se han repetido en la mayor parte del mundo.

En América del Norte, renombrados símbolos del conocimiento, el éxito y la enjundia humana fueron perforados y destruidos por aviones a gran velocidad que de repente se convirtieron en armas de destrucción masiva, al colisionar contra fortalezas de pujanza y seguridad humanas. Esto devino en una potente mezcla de triunfalismo tecnológico, poder financiero, poderío militar, resentimiento, enojo, odio, duelo y temor. La dimensión vertical y la horizontal de este ardiente infierno estaban repletas de seres humanos de todo el mundo, situación que un niño representó con un dibujo de una cruz ardiente.

Desde el punto de vista de la cruz

En el umbral del tercer milenio, el logotipo de la Asamblea, es decir la cruz que se inclina hacia la tierra resquebrajada, constituye un dramático recordatorio del potencial de la fe cristiana de pronunciarse acerca de estos tiempos críticos en que vivimos, y de traer sanación (las hojas).

Al enfrentar traumas personales o crisis universales, nos volvemos más cons-



cientes de la capacidad humana para el mal, como también de nuestra capacidad de hacer el bien sirviendo a las otras personas, extendiendo nuestra mano de compasiva misericordia y justicia, desde un lado de las divisiones humanas a la otra. Los seres humanos son destructores y también sanadores o restauradores. Lutero nos recuerda que las personas cristianas somos al mismo tiempo santas y pecadoras (*simul justus et peccator*). Según San Pablo, no hay una distinción nítida y

¿Cómo ha considerado la gente de tu iglesia los hechos de destrucción masiva? ¿Qué han dicho, o hubieran querido decir, a las personas directamente afectadas, especialmente a quienes pertenecen a la misma comunión?



fácil entre personas que son buenas y personas que son malas; “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”.

La cruz hace añicos la ilusión de que lo importante es el poder dominante: que los seres humanos pueden salvar, asegurar o hacer invulnerable la vida; en otras palabras, que los seres humanos tienen poder divino. Aspirar a ser como Dios es de por sí la esencia del pecado. Los empeños humanos por desarraigar todo mal, por establecer una seguridad total, por perseguir, capturar y someter al enemigo de una manera categórica y definitiva, se ven empañados una y otra vez. Estos empeños son particularmente alarmantes cuando se abusa de la religión como instrumento para la movilización de fuerzas de resistencia y de violencia, en base a lo que se percibe como la “voluntad de Dios”.

Hay que impugnar la búsqueda de legitimación divina para el poder humano. En la mayoría de las sociedades, ese poder humano ha sido mantenido y se vincula más con varones que con mujeres. Cuando, a seguidas, la divinidad es interpelada en términos exclusivamente masculinos, este hecho tiende a prestar legitimación divina a los patrones de poder patriarcales en la sociedad. Una teología de la cruz sugiere con-

cepciones y dinámicas de poder muy diferentes, y conceptos de Dios que trascienden el género sexual. Se nos desafía a vivir esto más consecuentemente en nuestro lenguaje y prácticas eclesiales.

La teología de la cruz es una contrapartida decisiva a la persuasión seductora de una teología de gloria. Como ha señalado repetidamente el teólogo canadiense Douglas John Hall, este tipo de realce teológico se necesita particularmente en contextos como Norteamérica, donde se reúne la Asamblea:

Para nosotros como pueblo, expectativa es sinónimo de progreso, expansión, desarrollo, producción, crecimiento, grandeza, victoria, el rompimiento de barreras, la retracción de fronteras, la negación a admitir límites, la sensación de poder y éxito. Incluso hemos hecho desaparecer la muerte... y la religión de Jesús coadyuvó con nosotros para lograrlo.⁶

La Asamblea se reunirá en un país que yace a la sombra de la nación más poderosa del mundo en la actualidad. Este ‘imperio’ afecta de cabo a rabo, para bien y para mal, al resto del planeta. Una teología de la cruz aporta puntos de vista críticos a esta clase de realidad, enfocando nuestra atención, en cambio, en la humildad y su-

frimiento que es la miseria de gran parte del resto del mundo, incluso en lugares donde muchas iglesias afiliadas a la FLM desempeñan su ministerio.

Lutero nos recordó que la tendencia hacia un triunfalismo teológico se refleja en la preferencia por la gloria antes que la cruz, la fortaleza antes que la debilidad, la sabiduría antes que la insensatez, el bien antes que el mal.⁷ Como seres humanos que somos, con frecuencia tratamos de justificarnos por nuestras acciones, en vez de confiar en la gracia de Dios, tal como nos es conocida mediante Jesucristo. Empezar con el indicativo –es decir, con el modo cómo *Dios* justifica, libera, reconcilia y restaura– proporciona una base muy diferente para la acción humana. Actuamos a la luz de lo que Dios ha hecho y ha prometido llevar al cumplimiento, en vez de buscar reconocimiento por lo que nuestros esfuerzos van a producir, como si fuéramos *las personas* quienes restauramos o sanamos al mundo.

Bien podemos anhelar soluciones definitivas al pecado y al mal, pero sólo nos quedan visiones parciales de lo que Dios promete. No obstante, confiamos en esas promesas. De estas profundidades, el ser humano clama por ayuda al Dios que no se puede ver. Quizás comencemos a vislumbrar algunos signos de restauración, pero con frecuencia de una manera que no esperábamos o que no podemos verificar en base a criterios humanos. Una teología de la cruz nos recuerda que el poder sanador de Dios está activo en la historia humana, no por medio de un poder triunfal que muchas personas relacionan con “Dios”, sino por medio de la debilidad, la vulnerabilidad y el sufrimiento. El poder de Dios se manifiesta por medio de la cruz. Teniendo vida por este poder, la iglesia está llamada a acompañar a las personas que son despojadas de vida por malestares, enfermedades y conflictos; está llamada a acompañar a las personas que son pobres, marginadas y violentadas; está llamada a identificarse con las que son humilladas y desechadas, y a vivir entre las que tienen temor y están aterrorizadas.

Las personas para quienes la vulnerabilidad y la desesperación son realidades permanentes más bien que novedades, pueden dar testimonio de cómo este Dios sufriente y compasivo trae verdaderamente sanidad, nueva vida y esperanza liberadora. En las profundidades del padecimiento humano, experimentamos el compromiso permanente de Dios para con el mundo –Dios con nosotros– dándonos valor para entrar en la obscuridad, con todas las heridas, lacras y padecimientos que necesitan ser sanados. Por el poder del Espíritu Santo, lo hacemos en comunión mutua, y en esperanza cierta de que las promesas de Dios se han de cumplir.

Esto es lo que significa ser la iglesia. Y sin embargo, las iglesias con demasiada frecuencia están afligidas por el temor, la suspicacia respecto de lo “otro”, y por las “actividades cotidianas”. Con demasiada frecuencia, las iglesias son cautivas de la protección de los privilegios económicos, políticos y sociales. A no ser que las propias iglesias se ‘conviertan’ de estas tendencias predominantes, no pueden presumir que están “para la sanación del mundo”. Por el poder transformador de la cruz, se abren los ojos de la iglesia a la dolorosa realidad del mundo que antes había pasado por alto, sus oídos empiezan a oír el clamor que se eleva desde la tierra sufriente, y su corazón se conmueve para actuar compasivamente respecto de las otras personas.

¿Qué necesita sanarse?

Nuestro tema nos trae a la memoria de inmediato a personas específicas que necesitan sanarse –nuestras propias personas y las que nos rodean– en particular quienes se mencionan regularmente en las

¿Qué cosas en el mundo necesitan sanarse? ¿Cuáles son específicamente los clamores, dolores, lamentos y memorias? ¿Cuáles son los padecimientos, enfermedades y laceraciones de que sufren el mundo y la iglesia?

oraciones de intercesión en la iglesia. En esto se ha enfocado mayormente la pastoral de sanidad de la iglesia.

La salud y el cuidado de la salud son preocupaciones principales en todo el mundo, especialmente en lugares donde hay una falta alarmante de acceso al cuidado de la salud, incluso en países ricos como los Estados Unidos. Históricamente la iglesia ha tomado la iniciativa de proporcionar este tipo de cuidado donde más se necesita. Cada vez cobra mayor importancia la tarea de abogar en favor del cuidado de la salud para todos.

La justificación es el fundamento desde el cual acometemos otras necesidades de salud. Las más profundas necesidades espirituales de sanidad han sido abordadas por medio de la buena nueva de la acción misericordiosa y justificadora de Dios en Jesucristo.

La justificación es el perdón de los pecados (cf. Ro 3:23-25; Hch 13:39; Lc 18:14), liberación del dominio del pecado y la muerte (Ro 5:12-21) y de la maldición de la ley (Gá 3:10-14) y aceptación de la comunión con Dios: ya pero no todavía plenamente en el reino de Dios a venir (Ro 5:12). Ella nos une a Cristo, a su muerte y resurrección (Ro 6:5).⁸

Lo que nos aqueja incluye enfermedades adquiridas que son principalmente físicas, como también las que son mentales o espirituales. Jesús dejó en claro que la enfermedad o padecimiento no es consecuencia de un pecado que se ha cometido (Lc 13:1-5; Jn 9:2-3). Lo que refleja pecado es el modo como se separa o enajena de la comunidad a quienes están enfermos (como los leprosos en tiempos de Jesús). Algunas enfermedades tienen como secuela cicatrices profundas e impedimentos que duran para toda la vida, y que nunca se pueden curar.

Algunos “males” afectan profundamente nuestro modo de pensar, percibir o ac-

tuar, como por ejemplo cuando lo único importante son las medidas económicas. La pobreza arraigada continúa rondando a miles de millones. Algunos sectores del mundo padecen un exceso de individualismo y consumismo. Las personas y el resto de la creación nos ‘contaminamos’, y por consiguiente nos enfermamos, por causa del propio aire que respiramos, tanto literal como figuradamente. Todos éstos y otros malestares del mundo precisan ascender como lamento colectivo hasta Dios.

También se requiere curación o restauración por causa de los muros que se han erigido entre la gente, debido a su etnia, raza, casta, condición económica, sexo, preferencia sexual, estado físico o mental. Estas barreras inducen a nuevas injusticias. A raíz de nuestra enfermedad (o pecado), erigimos murallas que excluyen o discriminan a otras personas. Muchas de éstas tienen raíces culturales profundas, que es la razón por la cual se hace difícil hablar del tema o encararlo, como es el caso relativo a etnia, casta, género sexual y sexualidad. Muchas de las “murallas” entre iglesias tienen que ver con las ingentes desigualdades económicas existentes en el mundo, que a su vez se reflejan en la afluencia de algunas iglesias afiliadas, en violento contraste con la abyecta pobreza de otras. Es preciso que reflexionemos sobre el hecho de que Cristo derriba los muros o tabúes más arraigados, transformando nuestras premisas y las formas de relacionarnos.

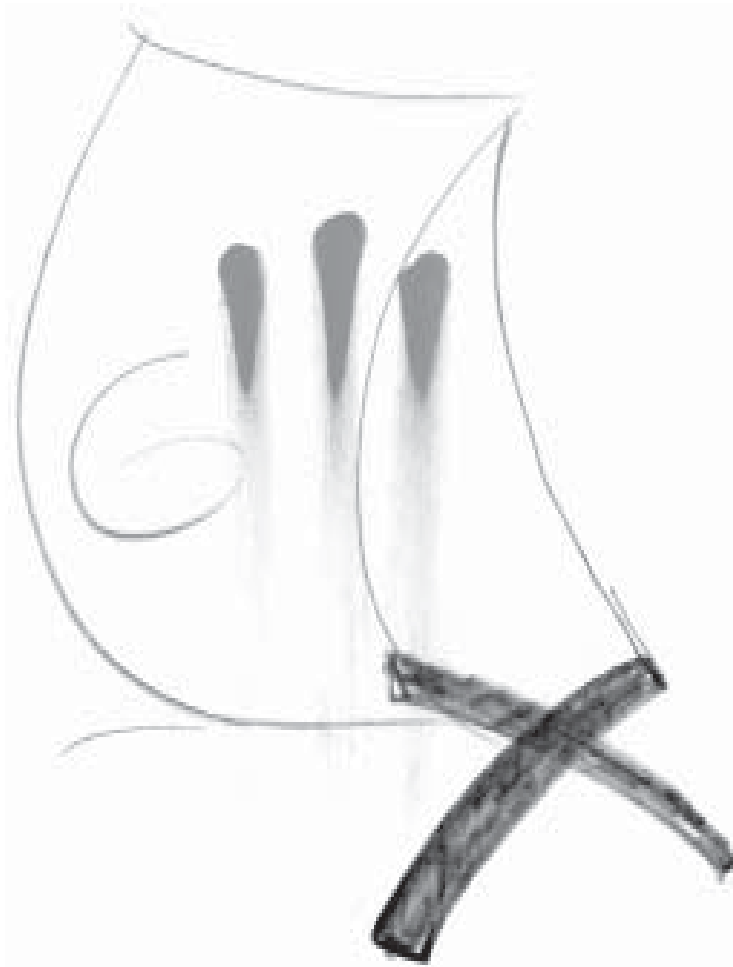
Además, sucede que otros seres humanos nos infligen heridas: diversas formas de violencia e injusticia, ya sea abierta o solapada, interpersonal o institucional. Se peca contra nuestras personas, y a nuestra vez pecamos contra otras personas. Las heridas y las memorias se infectan, y pueden derivar en resentimientos, si no en violencia. Algunas heridas las provocan personas tan allegadas como los miembros de la propia familia, como sucede en el caso de la violencia intrafamiliar; otras las provoca el gobierno o poderes políticos y económicos más distantes, en particular bajo el imperio de la globalización económica. Los aparentemente inflexibles conflictos desata-

Desde el punto de vista de tu iglesia, ¿qué clase de sanación se necesita de manera especial?

dos actualmente en el mundo, y las profundas heridas que se infligen a toda la creación, claman por una reconciliación que tenga un efecto mayor que un simple encubrimiento cosmético de las diferencias.

Las iglesias se encuentran a veces entre las instancias que han legitimado o infligido las heridas y que han perpetuado los padecimientos en personas y sociedades. Por ejemplo, se culpa a las personas por su situación de pobreza o por su malestar. Se utiliza la teología para sustentar en vez de criticar los aspectos más negativos de la afluencia. Se utilizan pasajes de la Biblia para mantener en sumisión a las mujeres u otras personas. Se utiliza la teología cristiana para denunciar a otros credos. Iglesias aliadas a ciertos grupos étnicos o naciones, han infligido sufrimientos masivos a otros sectores, especialmente a quienes son diferentes. Es preciso encarar las divisiones en el seno de las iglesias y entre ellas, y los muros de animadversión erigidos contra las personas de otros credos. El silencio frente a la opresión y la explotación de pueblos y territorios, como el caso de los pueblos indígenas de Norteamérica, han derivado en incontables muertes y devastación.

¿Podrá haber una identificación, confesión y crítica honestas del modo como las iglesias han sido cómplices en lo que necesita ser sacado a la luz y restaurado? Es probable que esto ocurra en muchos aspectos de la Asamblea y en la interacción que se producirá allí, en particular en la labor de los grupos temáticos o aldeas. En éstos se abordarán, desde la óptica de la fe cristiana, los distintos desafíos de restauración o acciones de sanidad en nuestro mundo y en nuestras iglesias. De estos tra-



bajos surgirán compromisos y directivas que determinarán futuras prioridades y trabajos de la comunidad luterana.

La óptica teológica de la “sanación”

El fundamento para el tema de la Asamblea se remonta a las escrituras hebreas. En la presencia del justo y compasivo Yahvé,

Rita perdió a su hermano en el ataque al Centro Mundial de Comercio, porque él optó por ayudar a otras personas, menos hábiles que él, a escapar. En su duelo por su muerte, ella fue a Afganistán para conocer a quienes han experimentado una pérdida mucho mayor debido al bombardeo estadounidense. Esas personas se hicieron más allegadas a ella que su propia familia. Ahora ha regresado a EEUU para contar la historia *de esas personas* sobre sus pérdidas. “Lo que han sufrido durante 23 años –destaca Rita– cuya última etapa se llevó a cabo en nombre de mi hermano!”

Israel experimentó el perdón del pecado y la restauración que lo liberó para comprometerse con el orden de vida que era el propósito de Dios para todos⁹.

Así pues, el pueblo del antiguo Israel, y el pueblo judío desde entonces, han entendido que están llamados a restaurar, sanar y transformar el mundo a la luz del propósito creador y redentor de Dios en la historia humana. Jesús y la iglesia primitiva estaban anclados en este concepto:

Al igual que Isaías, Jeremías y Ezequiel, Jesús puso su mirada en el día en que Dios iba a romper las ataduras del pecado que esclavizaban a las personas, liberándolas para que pudiesen ser el pueblo de Dios. Según Jesús, ese día sería un día de sanidad, no sólo para los seres humanos, sino para toda la creación. ... Jesús anticipaba el acercamiento de Dios para restaurar una creación fracturada y caída, y que Dios haría participar del Reino a todas las personas que habían sido fieles al plan de Dios de restauración y justicia.¹⁰

Hoy día las personas cristianas creen que la sanidad viene por la fe en el Dios que conocemos en Jesucristo, cuyo Espíritu sana a las personas y a toda la creación. La sanidad se hace posible por el poder del Espíritu de Dios, como expresión del amor y la gracia de Dios. El Espíritu es el poder de Dios por medio del cual las personas son continuamente rescatadas, sanadas y salvadas. La sanidad restaura la correcta relación con Dios, con otras personas, pueblos, comunidades y el resto de la creación. Tiene dimensiones que son espirituales, físicas, psicológicas y sociales, y de esta manera es 'salvífica'.

La sanación puede ser una manera de entender en qué consisten el perdón y la reconciliación. El perdón apunta a la cura del dolor, la liberación de la opresión, la rectificación de injusticias y la restauración de relaciones quebrantadas, comenzando con nuestra relación con Dios. El perdón es un proceso que incluye tanto al

perpetrador como al ofendido. Jesús no sólo perdonó, sino que se identificó con las víctimas, curando y liberándolas, de tal modo que se restauraba su dignidad. Una reconciliación genuina es un proceso mutuo; ambos lados cambian en el encuentro. No puede suceder a no ser que se aborden las injusticias de la relación. En cambio, la reconciliación allana el camino para nuevas relaciones, para nuevas maneras de convivir, para un nuevo futuro que no esté amarrado a los dolores del pasado. En la vida política, como en la personal, el perdón tiene que ver con el modo como manejamos nuestras relaciones con el pasado sin dejar que nos maneje a nosotros.

Sanarse puede ser un proceso largo y difícil. No es lo mismo que aplicar una cura; la herida o la enfermedad pueden persistir. Es posible que también persista un estado de incapacidad; pero lo que sí puede cambiar es que estas personas sean recibidas en la comunidad como gente sana. Sanarse tiene la finalidad de lograr que la persona vuelva a vivir fielmente en comunidad. Así como el perdón no significa necesariamente olvidar, sanarse no significa que desaparezcan todos los signos de una enfermedad o herida. Los recuerdos muchas veces no se pueden sanar, especialmente cuando son profundamente dolorosos. Hay que volver a encararse con el origen del dolor o de la herida para que pueda producirse la cura.

Sanarse se refiere a todas las formas en que la gente es liberada y reconciliada en el mundo, y al hecho de que el propio mundo es objeto de sanación y salvación. Al paso que reiteramos los signos de sanidad en nuestros días, "gemimos esperando" (Ro 8:19) la prometida cura o redención de Dios de toda la creación en la era por venir. Como lo ha expresado un luterano asiático:

Para Lutero, el Espíritu de justificación es el Espíritu de la creación, y el Espíritu de resurrección y transformación definitiva de todas las cosas, un nuevo cielo y una nueva tierra.¹¹

¡Jesús, sánanos!

Sanar es un tema ubicuo en el ministerio de Jesús. Al abordar este tema, tal vez convendría dejar en suspenso temporalmente algunas concepciones occidentales sobre curación y cuidado de la salud, a fin de apreciar los muy diferentes supuestos que informan las narraciones neotestamentarias sobre Jesús y la curación. En este sentido, este tema ofrece amplias oportunidades para consideraciones transculturales que privilegian otros puntos de vista sobre las sanaciones, las cuales persisten en muchas partes de la comunidad luterana de hoy, pero que con frecuencia se pasan por alto o se observan con escepticismo.

Como estado de bienestar, la salud se conceptúa según los valores dentro un sistema cultural dado. Implica más que la salud corporal o física. Hay culturas donde la enfermedad se experimenta a través de aspectos como el honor y la vergüenza y la desgracia producida por espíritus. La curación no se enfoca en la enfermedad o en recobrar la salud, sino en el significado personal y social de la enfermedad.¹² Por la sanación, el significado de esta experiencia se transforma.

Esto se pone de manifiesto en la cosmovisión del Evangelio según San Lucas, con fuerte influencia de espíritus y demonios. Aquí se presenta a Jesús como engendrado, bautizado y enviado a ejercer un ministerio por el poder del Espíritu Santo. En ese sentido, se trata de un profeta lleno del Espíritu que curó a la gente de enfermedades relacionadas con espíritus inmundos. No centraba su interés en las causas o el diagnóstico de la enfermedad, sino en restaurar a las personas a la sanidad o integridad. “Los milagros fueron nada menos que el saneamiento del orden creado.”¹³

Sanarse era más que una experiencia privada; abarcaba los órdenes más amplios de relaciones en lo social, lo económico y lo político. Por medio de la sanación se reordenaba el poder social, motivo por el cual se consideraba una amenaza para el

orden establecido. Jesús extendió su mano para tocar a otras personas, o fue tocado por ellas, saltando límites prohibidos de impureza. Expulsó demonios, cuya posesión dejaba a las personas impotentes para actuar. Aun cuando Jesús no tenía un poder o posición social significativa, se lo presenta como un curandero popular, que estimaba en su valor real la necesidad que tenía el pueblo de sanarse. Jesús se introdujo en la historia y vivencias personales de sufrimiento, aportando experiencias concretas de liberación.

El cuerpo sí importa

Nuestro tema evoca tanto la dimensión corporal como la espiritual de la vida. Nos obliga a reexaminar el modo como consideramos y nos relacionamos con nuestro cuerpo, el cuerpo de las otras personas diferentes a nosotros, y el cuerpo entero de la creación, la buena creación de Dios. Dios nos crea como seres corporales de carne y sangre; nuestros cuerpos realmente importan en el esquema que Dios tiene de las cosas. Los cuerpos ocupan un lugar esencial en el ministerio sanador de Jesús, y la esperanza cristiana de “la resurrección del cuerpo”. Además, se hace referencia a la iglesia con frecuencia como un cuerpo: “sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular” (1 Co 12:27).

Creo que Dios me ha creado a mí y a todas las creaturas. (Martín Lutero)

Martín Lutero consideraba toda la creación como la morada donde Dios habita, y se negó a separar lo espiritual de lo material. Así pues,

debemos regocijarnos en nuestra corporeidad como el ámbito donde el muy encarnado Dios está con nosotros, no separar nuestra alma de lo bio-físico en un intento por abandonar la tierra y ascender como por encanto a lugares supuestamente más “elevados”¹⁴.

El problema estriba en que algunos aspectos de la tradición cristiana, incluyendo algunos pasajes del Nuevo Testamento, reflejan la influencia del pensamiento dualístico griego, en el cual se percibe el cuerpo físico como ente separado e inferior al espíritu o alma. Esta postura tuvo su epítome en la herejía del gnosticismo. Estas influencias trajeron como consecuencia una desvalorización del cuerpo. Aún más devaluadas quedaron las personas cuyos cuerpos eran diferentes de la norma, como son las mujeres o personas con deformidades o impedimentos, cuya inferioridad se ha justificado en base a sus cuerpos. Pese a las doctrinas cristianas de la creación, la encarnación y la resurrección del cuerpo, esta devaluación ha afectado adversamente nuestra percepción del cuerpo, la sexualidad, los impedimentos físicos, la enfermedad, el resto de la creación y el tema general de “sanación”. Aun cuando se hacía referencia a la iglesia como cuerpo de Cristo, se tendía a espiritualizar esta realidad.

¿Qué mensajes negativos sobre el cuerpo has recibido de la iglesia? ¿De ser así, qué mensaje diferente te ha comunicado tu cultura o tu familia?

Las personas no **tenemos** cuerpos, como si se tratara de sirvientes inferiores que trabajan para nosotros, sino que en cambio **somos** cuerpos, hechos de la misma materia que otras formas de vida existentes en nuestro planeta.¹⁵ Por el cuerpo es que cada persona puede ser reconocida, interpelada, tocada, cuidada, amada, al igual que oprimida, apaleada, sometida al hambre y matada. El máximo placer y el dolor más intenso lo experimentamos en nuestro cuerpo, que nos vincula con una maraña de sufrimientos y placeres que se comparten con toda la creación. Por medio del cuerpo, con toda su diversidad, es que estamos mutuamente conectadas las personas, y también con el resto de la creación, y con Dios. Se comienza a superar el desdén y el temor al cuerpo. Nos hacemos

un solo cuerpo con el resto de la creación. Al tomar en serio las necesidades del cuerpo, se apunta a un nuevo sentido global de justicia para toda la creación.

Sanación por medio de los sacramentos

“No se debe considerar el sacramento nunca como cosa perjudicial que deba rehuirse, sino como medicina pura, saludable y consoladora que te ayudará y vivificará tanto en el alma como en el cuerpo. Porque donde el alma está sanada, también está socorrido el cuerpo.”¹⁶

Los sacramentos del bautismo y la santa comunión son medios de gracia, expresiones de la presencia salvadora y sanadora de Dios en la iglesia. Son acontecimientos de sanidad por medio de los cuales Dios restaura a los seres humanos. Los Padres de la iglesia se referían a la eucaristía como medicina de inmortalidad; nos proporciona no sólo un remedio en la tierra, sino también la vida eterna. Lutero consideraba la eucaristía como pan cotidiano para nuestro sustento; se nos da para que nuestra fe pueda ser refrescada y fortalecida, para que no sucumbamos en nuestra lucha contra el pecado, sino que nos hagamos más fuertes. Otros ritos de sanación son, en cierto sentido, una extensión de la eucaristía.

Los sacramentos son dones de Dios, quien los concede libremente. No se los puede manipular para curar males. Así pues, nos ayudan a poner en tela de juicio las prácticas terapéuticas basadas en supersticiones. Los dualismos que separan el cuerpo o la materia del espíritu o alma son cuestionados por enfoques sacramentales de la sanidad e integridad, los cuales consideran al ser humano como una unidad de cuerpo, mente y espíritu.

La santa comunión es la fuente y fuerza creativa que constituye el trasfondo de lo

que significa que seamos una comunión. Expresa tanto la particularidad cuanto la catolicidad de la iglesia. Nos encontramos con el Cristo resucitado en la fracción del pan (Lc 24:13-35), y nos convertimos en una comunidad que comparte la comida. Al recibir la comunión recibimos a Cristo en nuestro cuerpo, de una manera que nos transforma personal y colectivamente. Se congrega la gente, se proclama la Palabra de Dios, la gente intercede por las necesidades de la iglesia y del mundo, se comparte la comida eucarística, y la gente es enviada al mundo con una misión.

Así como Dios irrumpió en Cristo en la situación humana, así mismo hay una intrínseca vinculación entre los sacramentos y la vida diaria. Los sacramentos expresan la corporeidad y la materialidad de la fe. Por ellos, la gracia de Dios se hace visible, comible, bebible y audible. Los sacramentos se celebran en medio de un mundo sufriente que anhela sanidad. Es significativo que la comunión luterana, reunida bajo el tema “Para la sanación del mundo”, ha de celebrar la santa comunión diariamente.

El espíritu del Dios trino

La doctrina de la Trinidad es una manera de hablar del misterio de Dios que salva y sana por medio de Cristo por el poder del Espíritu Santo.¹⁷ El propósito de esta doctrina es expresar que Dios se mete en el mundo como hálito. Este aliento comunica y otorga vida a la Palabra. La Palabra evoca una fe viviente, como también la revelación de los propósitos de Dios en todas partes del mundo.¹⁸ La Trinidad es una manera de hablar de Dios que expresa la profunda participación de Dios en, con y para el mundo.¹⁹ Dios comunica al mundo una plenitud de amor, gracia y misericordia desbordantes.

Buena parte de la renovada atención que se le presta a la teología trinitaria en nuestros días, ha subrayado la naturaleza

¿Cómo pueden los sacramentos ayudarnos a comprender la naturaleza de la sanación como don de Dios? ¿A ser realistas y pacientes, y no hacer promesas vacías a quienes están en necesidad de sanación?

relacional y dialogística de Dios, en formas que se apoyan en algunas concepciones orientales (ortodoxas), pero que sin embargo van más allá. En lugar de un patriarca autónomo, Dios es esencialmente relacional, como lo somos las personas y el resto del universo. Se ponen en evidencia diferentes conceptos de poder divino, como un poder relacional, que crea *communio*. Todo procede de Dios y vuelve a Dios, por medio de Cristo y en el Espíritu. Cristo es la comunión de lo divino y lo humano, y el Espíritu Santo une a todas las personas en comunión con Dios y entre sí unas con otras.

La verdad sobre Dios y nuestras personas es que estábamos destinadas a vivir en comunidad, vivir de Dios, para y con otras personas. Desde la óptica africana, *estamos* (somos) en relación con otras personas.

Ingresar en la vida de Dios significa entrar, de la manera más profunda posible, ... en la vida de Jesucristo, en la vida del Espíritu, en la vida de otra gente. ... en una vida de amor y comunión con otras personas²⁰.

Amor salvífico y sanador es lo que forma el núcleo de este reino de Dios. En Cristo, Dios lo pone en acción perdonando el pecado, expulsando demonios y curando. El reino o comunión de Dios es el gobierno que compartimos personas iguales en comunión, y no la dominación de unas personas sobre las demás.

¿Cómo se puede fortalecer la unidad entre celebración sacramental y vida diaria?

La concepción trinitaria de Dios se constituye en la base para la mutualidad

entre personas, diferentes grupos de gente, y entre iglesias de diferentes partes del mundo. Antes que considerar a algunas personas como dechados y puestas por encima de otras, una comunión fundada en el Dios trino se caracteriza por la igualdad, la mutualidad y la reciprocidad, en medio de nuestras muy reales diferencias.

¿Qué implicaciones tiene una teología trinitaria para la forma de relacionarnos mutuamente las personas dentro de esta comunión? ¿Y en cuanto a la forma como nos relacionamos con personas de otros credos?

En una concepción trinitaria de esta índole referida a quién es Dios y cómo se relaciona con el mundo, la función del Espíritu adquiere nueva significación. En las narraciones sobre curaciones en el Nuevo Testamento, particularmente en Lucas y Hechos, el poder del Espíritu Santo se destaca repetidamente. A través de la historia de la iglesia, ha habido una estrecha relación entre el Espíritu Santo y la sanación.

El Espíritu Santo llama, congrega, ilumina y santifica a toda la feiglesia cristiana en la tierra, y la conserva unida a Jesucristo en la verdadera y única fe.²¹

Por el Espíritu, participamos de la compasión divina, presente en la historia humana y en toda la creación. Entramos en comunión con el Cristo crucificado y resucitado, en quien el Espíritu de Dios se ha hecho visible y tangible. En otras palabras, el Espíritu Santo constituye la presencia y realidad de la obra creadora, salvadora y preservadora de Dios en formas que se pueden percibir con los sentidos. Lutero abrigaba la convicción de que la presencia del Cristo inmanente por medio del Santo Espíritu es la fuente de toda

¿Qué experiencias has tenido de este amor que atraviesa fronteras?

sabiduría y poder. “Recibir el Espíritu Santo” es percibir lo que Dios está haciendo en y mediante el estado de quebrantamiento de nuestra vida y nuestro mundo para traer sanidad y vigorizar a la gente entre sí y con el resto de la creación.²²

El Espíritu Santo incide en la manera en que experimentamos a Dios y en el modo de nuestra mutua participación. Pasamos a formar parte de una urdimbre de nuevas relaciones personales, de una manera que atraviesa y trasforma viejas fronteras. El Espíritu de Dios nos potencia para actuar de forma diferente en la relación entre personas. Se superan polaridades y hostilidades proclives a la violencia, en favor de una comunidad de solidaridad, responsabilidad y amor. El amor se franquea y atrae a otras personas, creando redes diversas de interrelación.

El espíritu del mundo moderno, con su acento en el poder y el conocimiento humanos, queda relativizado por el poder del Espíritu de Dios. La finitud y la vulnerabilidad se aceptan en vez de considerarse algo que se debe vencer. En vez de un afán por la supervivencia, quedamos libres de la necesidad de hacer valer la propia persona a expensas de otros seres. Se nos libera de la presunción de que el mundo puede ser restaurado aplicando principios de conquista que en realidad dividen y destruyen la comunidad humana. La gente se libera en relación a sí misma y en relación a las fuerzas imperantes. Esto puede resultar amenazante para los poderes que dominan en nuestro mundo actual. Puede resultar un poderoso testimonio cuando el Espíritu Santo nos hace accesibles al mundo.

Deliberar, discernir y expresarse en conjunto

Es por el poder del Espíritu que podemos congregarnos. Además, estamos en condiciones de comunicarnos y escuchar en

formas que no podríamos hacerlo por iniciativa propia. El Espíritu Santo precede y subyace a nuestra mutua comunicación. En vez de que nuestras diferencias estorben la comunión entre las personas, en nuestra diversidad llegamos a ser en conjunto el cuerpo de Cristo, portadores de la presencia de Dios en el mundo y testigos de esa presencia.

En Pentecostés (Hechos 2), con el derramamiento del Espíritu, las personas que formaban la iglesia primitiva pudieron comprenderse unas a otras en formas inesperadas. De manera semejante, si bien no podamos comprender la lengua o la cultura de la otra persona, podemos en conjunto adquirir una nueva comprensión de lo que significa ser una comunión en el mundo. En esta comunión podemos hablar diferentes idiomas y tener diferentes identidades, pero sin embargo tenemos algo en común. En medio de lo que parecieran obstáculos insalvables para la comprensión mutua, en medio de todo lo foráneo, el Espíritu imparte un sentido de vinculación y familiaridad. Personas con diferentes talentos y capacidades pueden dar testimonio de la realidad de un Dios relacional, que crea, libera y nos da vida a nosotros y a todo el mundo. La presencia de Dios se experimenta de maneras concretamente diversas, que surgen de situaciones culturales diferentes, constituyéndose en testimonios mutuamente retadores y enriquecedores del quehacer de Dios.

¿De qué manera podría esta Asamblea ser como un pentecostés para quienes se congregan?

Por el poder del Espíritu estamos capacitados para comunicarnos a través de nuestras muchas diferencias, para deliberar acerca de lo que está en juego a la luz de la Escritura y de nuestras convicciones de fe, y discernir lo que habremos de hacer como comunión. El Espíritu restaura la solidaridad y la capacidad de actuar, para resistir frente a la desesperación, para trascender nuestros sentimientos de inseguridad, temor y parálisis. Valores y sistemas dominantes no pueden limitar la acción del Espíritu, quien gobierna mediante lo que parece impotencia. “Blasfemamos contra el Espíritu Santo” cuando hacemos caso omiso del hecho de que el Espíritu de Dios nos está liberando de condiciones de las que parece no haber salida humana.²³ El perdón del pecado levanta a quienes están postrados. Experimentamos un nuevo comienzo en que se restauran las relaciones. Solidaridad implica rendir cuentas mutuamente. Llegamos a ser más vulnerables, susceptibles de cambiar por causa del sufrimiento, a disposición para la crítica y para cambiar la realidad. Al franquearnos mutuamente, nos transformamos para con otras personas, de tal manera que podemos actuar en favor de lo que es bueno para el prójimo ... y para la sanación del mundo.

B. El contexto canadiense donde nos reunimos

La Décima Asamblea se celebrará en la ciudad de Winnipeg, una urbe de 635.000 personas ubicada en el centro del segundo país por su extensión geográfica en el mundo. Canadá ha sido bendecida por abundantes recursos naturales, sólidas tradiciones de pueblos aborígenes, franceses e ingleses, y una rica variedad de inmigrantes, los cuales continúan hilando el tejido de la sociedad canadiense. El *Informe de la Real Comisión para los Pueblos Aborígenes de 1996* señala lo siguiente:

Canadá es prototipo de un concepto colosal, el concepto de que pueblos diferentes pueden compartir territorios, recursos, poder y sueños al mismo tiempo que se respetan y conservan las diferencias. La historia de Canadá es la historia de muchos pueblos, que han probado y fallado, y han vuelto a probar, para vivir juntos en paz y armonía.

Sociedad y gobierno canadienses

En un país en que se confederaron dos culturas en 1867, las sucesivas olas de inmigrantes (principalmente de todas partes de Europa y más recientemente de Asia) han producido una población multicultural. Con una población de francófonos que comprende el 25 por ciento, las aspiraciones dentro de la provincia de Quebec de



maîtres chez nous han aumentado para incluir sinceros deseos de soberanía del “resto de Canadá”. Si bien la cultura francesa contribuye significativamente a la cultura e identidad canadienses, la creciente diversidad pluricultural parece estar erosionando la sensibilidad hacia estas aspiraciones.

Al mismo tiempo, la historia del federalismo de Canadá y su vasta geografía han conformado una sociedad que encarna una fuerte conciencia social cooperativa que se ha opuesto a enfoques capitalistas descontrolados y groseramente individualistas. Esto ha creado un sentido de “responsabilidad por el conjunto”, y el desarrollo de una altamente valorada “red de seguridad social”. Todo esto está actualmente en peligro en la medida en que Canadá está siendo modelada por las fuerzas

El nombre Canadá deriva de la palabra “villa” o “colonia” en idioma hurón-iroqués, con referencia en 1535 a la primitiva colonia de Quebec City. El nombre Winnipeg significa “aguas turbias” en lengua cri, como descripción de su ubicación y del efecto que producía la confluencia de las aguas del Río Colorado y del Río Assiniboine. Donde se encuentran los ríos, en el centro de Winnipeg, “The Forks” (La Encrucijada) marca lo que ha sido un lugar importante de encuentro por más de seis mil años. Así pues, reunirnos en los grupos temáticos y congregarnos en The Forks revestirá un significado especial para la Asamblea.

Las políticas de asimilación han provocado un gran daño, dejando un legado de quebranto que afecta a personas, familias y comunidades aborígenes. El daño ha sido igualmente grave para el espíritu de Canadá, el espíritu de generosidad y acomodación mutua, del cual los canadienses se sienten orgullosos. La realidad aborígena de Canadá ha devenido en un círculo vicioso de causa y efecto. Para que ese círculo vicioso se convierta en un círculo de sanidad, es preciso abocarse a las causas generadoras de la injusticia. Liberarse de las cadenas del dolor, de la ira y del resentimiento, todo lo cual constituye un legado del pasado colonial, significa permitir a los pueblos y comunidades aborígenes iniciar sus estrategias reparadoras: iniciativas que se alimentan de prácticas tradicionales y de la comprensión de las necesidades de la gente. (*Informe de la Real Comisión para los Pueblos Aborígenes de 1996*). (*Rapport de la Commission royale sur les populations aborigènes, 1996*)

‘globalizantes’ y su poderoso vecino sureño. Las iglesias canadienses han tenido que recordar que no pueden tener una moralidad privada efectiva sin una vigorosa ética social y una visión de conjunto, que deben preservar y acrecentar creativamente.²⁴

Canadá es una democracia parlamentaria y una nación respetada, con una modesta influencia en el escenario mundial. Esto incluye pertenencia al G8, a la Mancomunidad Británica de Naciones, y a la Francofonía; larga trayectoria en su apoyo al mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas; y una disposición a distanciarse a veces incisivamente de las políticas de EEUU (p.ej. Vietnam, Cuba y la defensa misilística). Más recientemente, Canadá y sus iglesias han sido fuertes proponentes de la condonación de la deuda externa a países pobres y la abolición de minas terrestres.

Sin embargo, hay grandes tensiones en la sociedad canadiense que tienen la urgente necesidad de sanearse. Éstas atañen a relaciones franco-inglesas, diferencias y rivalidades regionales, relaciones con los pueblos aborígenes, y debates sobre la política social y las responsabilidades “públicas versus las privadas” (por ejemplo, atención a la salud, educación y seguridad de ingresos).

Relaciones con pueblos aborígenes

La vida de Canadá incluye una atribulada historia de relaciones entre los pueblos aboríge-

nes y pueblos no aborígenes, comenzando con comerciantes y colonizadores coloniales quienes se hacían amigos o traicionaban a la gente aborígena según su antojo. La atención de la salud, la educación, el empleo y los servicios sociales son cuestiones críticas para el pueblo aborígena, como también asuntos relativos a reclamaciones de tierras y gobierno autónomo. El establecimiento en 1999 de un nuevo Territorio de Nunavut (que significa “nuestra tierra”) proporcionó la primera corporación de gobierno autónomo aborígena en el escenario nacional.

Si bien Canadá se encuentra entre los primeros mejores países para vivir (según el Índice de Desarrollo Humano anual de las Naciones Unidas), el bienestar de muchas comunidades aborígenes de Canadá ha estado por debajo de muchas naciones en desarrollo. La gente aborígena se enfrenta a una expectativa de vida seis años menor que el promedio canadiense. El índice de suicidios entre la juventud aborígena es de cinco a ocho veces mayor que el promedio nacional. La mortalidad infantil aborígena es casi el doble que el promedio canadiense, y el 40 por ciento de personas aborígenes viven en la línea de pobreza o por debajo de ella.²⁵

A partir de 1975, una coalición de iglesias canadienses ha estado trabajando en conjunción con organizaciones aborígenes populares y comunitarias en la llamada *Coalición de Derechos Aborígenes*. Con un enfoque en la educación pública y programas de acción, esta coalición trata de construir alianzas y solidaridad en la lu-

cha por la justicia para los aborígenes de Canadá, procurando la reconciliación entre pueblos aborígenes, comunidad cristiana y sociedad canadiense.

Inmigración

La mayoría de la población de Canadá, compuesta por 31 millones de personas (en 2001), habitan dentro de una franja de 300km de este a oeste, que se extiende por una distancia equivalente a la de Inglaterra hasta el Golfo Pérsico. La inmigración a lo que actualmente es Canadá, comenzó en el siglo dieciséis con exploradores, comerciantes de pieles y colonizadores de Francia y Gran Bretaña. La revolución estadounidense de finales del siglo dieciocho empujó a muchos “realistas imperiales” hacia el Norte, al interior de Canadá. A finales del siglo diecinueve y comienzos del veinte, grandes olas de inmigración vinieron de Europa en busca de tierra para la agricultura y libertad de religión y de expresión social. La gran expansión canadiense atrajo a muchos que se mudaron al norte. Inmigrantes alemanes se establecieron principalmente en el sur de Ontario con algunos grupos menores en el oeste. Los suecos, daneses, noruegos, finlandeses e islandeses se establecieron en grandes números en el norte de Ontario y las provincias occidentales de Manitoba, Saskatchewan y Alberta. En los lugares donde se establecieron, también fundaron iglesias.

Las pautas de inmigración han cambiado dramáticamente en los últimos 50 años, decreciendo desde más de 90 por ciento de europeos antes de 1961 hasta cerca de 19 por ciento desde 1991, y desde sólo el 3 por ciento de asiáticos antes de 1961 hasta el 57 por ciento desde 1991. Canadá continúa acentuando la definición de su índole multicultural como un mosaico más bien que un crisol. Algunos críticos afirman que esto distrae de un sentido de cohesión social.

El teólogo Douglas John Hall reformula este tema en función de “hospitalidad”:

La hospitalidad es un importante concepto bíblico cuyo significado es más que inclusión, porque toma en serio la “alteridad” de las otras personas; les deja ser lo que son. La histórica capacidad de Canadá para aceptar y ser hospitalaria hacia lo distinto está en serio peligro hoy día, amenazada por quienes acentúan la particularidad y especificidad de un grupo, poniendo así en peligro al conjunto, y por fuerzas de globalización que destruyen lo realmente distintivo. ... Como pueblo cristiano en el Canadá de hoy, tenemos un mandato ético de formular e inculcar una visión de nuestro país que respete y promueva tanto la unidad como la variedad.²⁶

¿Cómo se experimenta la “alteridad” o “lo especial” en tu contexto? ¿Cómo ha entendido y practicado tu iglesia la “hospitalidad” hacia otros sectores? ¿Qué clase de hospitalidad podría servir de sanación a comunidades atribuladas?

Religión

Las cifras del censo de 1996 informan que las denominaciones históricas predominantes (católicos romanos, anglicanos, Iglesia Unida, luteranos y presbiterianos) constituyen el 85 por ciento de la comunidad cristiana, y los así llamados protestantes conservadores (menonitas, pentecostales, Alianza Misionera, Ejército de Salvación, bautistas, etc.) constituyen alrededor del 8 por ciento del escenario eclesiástico canadiense. La comunidad luterana representa el 2,4 por ciento de la población, mientras que la comunidad anglicana constituye el 8,1 por ciento. El número de personas que no admiten filiación religiosa se ha casi duplicado desde 1981 hasta 1991, aumentando al 12,5 por ciento del total de la población.

El principal investigador sobre religión en Canadá informa que la religión ya no ocupa el centro del escenario en la sociedad canadiense. Ha dejado de informar la vida de la persona media de Canadá, la cual



ha pasado de tener un “compromiso” religioso a ser “consumidora”²⁷ de lo religioso. La participación religiosa en Canadá ha descendido abruptamente del 60 por ciento de feligreses que asistían a la iglesia semanalmente en 1945, al 23 por ciento en 1995. Pocas personas, sin embargo, abandonan activamente la iglesia. Aún se identifican con la religión, pero la quieren a la carta, sin participar regularmente en la vida eclesial, sino procurándola para los bautismos, las confirmaciones, las bodas y los funerales. La memoria religiosa está generalizada y hay una receptividad amplia de la espiritualidad.

Una expresión significativa de los movimientos de cooperación en Canadá radi-

¿Cómo se compara esto con la participación religiosa en tu país?

ca en el liderazgo de las iglesias, con su sólida historia de iniciativas y cooperación ecuménicas en el planteamiento de la problemática de justicia y paz. Yendo más allá de una mera cooperación, las iglesias han establecido varias organizaciones ecuménicas independientes en el ámbito de la investigación, el desarrollo de políticas, la defensoría, la educación y la movilización de grupos de base. En 2001 estas organizaciones separadas se unieron en *KAIROS: Iniciativas ecuménicas canadienses para la justicia*, a fin de orientar la labor de las iglesias y organizaciones religiosas en la promoción de los derechos humanos internacionales, la justicia económica universal, la justicia medioambiental y ecológica, el desarrollo social canadiense y la defensa de los pueblos aborígenes.

Luteranismo en Canadá

El primer culto luterano en Norte América se celebró en 1619 cerca de Churchill, sobre la Bahía Hudson en el norte de Manitoba. El celebrante fue un pastor danés, Rasmus Jensen, quien posteriormente acompañó a una fatídica expedición que buscaba un paso a Asia por el noroeste. Colonias alemanas luteranas en Nova Scotia comenzaron hace más de 250 años, y varias congregaciones de esos años iniciales se hicieron anglicanas. Con el objeto de conseguir pastores para servir a las comunidades de habla alemana y a los inmigrantes nórdicos, se fueron desarrollando relaciones entre varios sínodos y concilios luteranos sobre una base norteamericana. Así, a mediados de la década de los sesenta, la mayoría de congregaciones luteranas en Canadá eran integrantes de la Iglesia Luterana Americana (ALC por sus siglas en inglés), la Iglesia Luterana en América (LCA, por sus siglas en inglés) y la Iglesia Luterana-Sínodo de Misuri (LCMS, por sus siglas en inglés).

En 1967 y 1968 las congregaciones del Distrito Canadá de la ALC asumieron su autonomía, para formar la Iglesia Evangélica

Nos comprometemos como iglesia a discernir por medio de la oración, el estudio y el diálogo, lo que significa para nosotros vivir fielmente bajo la cruz en este tiempo y lugar, mirando al mundo a través del acontecimiento de la cruz. Vamos a entrar en la vida de la gente en nuestras comunidades en el orden local, nacional y mundial. Nos comprometemos como iglesia a una clara comunicación interna y con la sociedad. Nos comprometemos a la franqueza y a la confianza. Vamos a escuchar las voces de nuestra iglesia y de nuestra sociedad, y responder a sus necesidades.

(Declaración Evangélica de ELCIC en 1997).

ca Luterana de Canadá (ELCC, por sus siglas en inglés). En 1986, la Sección Canadá de la LCA se unió a la ELCC para convertirse en la Iglesia Evangélica Luterana en Canadá (ELCIC, por sus siglas en inglés) con 652 congregaciones y 210.000 feligreses (con una disminución a 627 congregaciones y alrededor de 189.000 feligreses en 2001). La iglesia cuenta con cinco sínodos, dos seminarios (Saskatoon y Waterloo), y dos universidades y dos escuelas secundarias en el oeste de Canadá. Ministerios étnicos recientes constan de 10 congregaciones chinas y una misión, totalizando cerca de 1.200 feligreses; dos misiones aborígenes; una misión vietnamita; y una misión hispana. Varias congregaciones continúan con cultos en alemán, finlandés, estoniano, letón y lituano.

Canadá es también sede de congregaciones de la diáspora eclesial estoniana, lituana y letona; las oficinas eclesiásticas de la Iglesia Evangélica Luterana Estoniana en el Extranjero están ubicadas en Toronto. Las congregaciones canadienses de la Iglesia Luterana-Sínodo de Misuri formaron la autónoma Iglesia Luterana-Canadá (LC-C, por sus siglas en inglés) en 1988, con alrededor de 80.000 feligreses, y con oficinas centrales en Winnipeg. La ELCIC y la LC-C participan conjuntamente en Socorro Mundial Luterano Canadiense (CLWR, por sus siglas en inglés).

En 1995, la convención de ELCIC aprobó una atrevida decisión de descartar la estructura de 'divisiones' y 'oficinas' (que imitaba el modelo de iglesias mucho más grandes en EEUU) y reemplazarla por una organización más flexible de personal y grupos de trabajo que incluyera representación sinodal. La convención de 1997

adoptó una *Declaración Evangélica* "como la visión de nuestra iglesia para la vida y la misión en el próximo decenio (1997-2007)". Esta declaración dice en el inicio:

Dios nos llama, por medio de la Palabra y el Sacramento, a ser discípulos y hacer discípulos. Nuestro discipulado se define por la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. Nuestra misión es compartir el evangelio de Jesucristo con la gente de Canadá y de otras partes del mundo por medio de la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, y por medio del servicio en nombre de Cristo.

En 2001 la ELCIC celebró el 25 aniversario de la ordenación de mujeres con actos alusivos y un intenso estudio de las experiencias de mujeres en el ministerio. Más de 140 mujeres han prestado servicio como pastoras ordenadas de la ELCIC.

Expresión regional de comunión

A fin de profundizar la expresión regional de comunión, se estableció en 1998 una oficina regional de la FLM para Norteamérica como un esfuerzo cooperativo de la FLM y las iglesias afiliadas de la región. En 2000, la primera consulta de iglesias de la FLM en Norteamérica se celebró para fortalecer relaciones, reflexionar sobre la misión en Norteamérica para explorar lo que pudiera implicar la comunión más allá de una cooperación esporádica. La consulta impugnó las barreras (de nacionalidad, raza, sexo, edad, condición

¿Cómo logra la comunión romper las barreras entre personas y comunidades? ¿Cómo se ha hecho realidad en tu región el lenguaje o la esperanza de comunión?

social, denominación, etc.) que mantiene la separación entre personas y define a comunidades y personas como “diferentes”. Por ejemplo, los jóvenes adultos destacaron que la juventud se siente aislada aun dentro de la iglesia y que no se le da valor a sus talentos en forma regular. Las personas participantes señalaron que, en la mayoría de los casos, las iglesias y sus dirigentes se preocupan por mantener sus ministerios y responder a crisis relacionadas con nuestros respectivos “territorios” de misión. Observaron que necesitan a “alguien de afuera” que les sugiera e invite a entrar en un contexto y comunidad más vastos y enriquecedores, que es lo que la comunión brinda.

Comunión plena con la Iglesia Anglicana de Canadá

En julio de 2001, la Declaración de Waterloo unió a la ELCIC y a la Iglesia Anglicana de Canadá en una relación de comunión plena, con lo cual se confirmó lo que ya era una realidad práctica en muchas comunidades. Esta Declaración implica

la transferencia de feligreses; el reconocimiento mutuo y el intercambio de ministerios pastorales; libertad de utilizar la liturgia de la otra parte; libertad de participar en las

ordenaciones de la otra parte y la instalación del clero, incluyendo obispos; y estructuras de consulta para expresar, fortalecer y posibilitar una vida, testimonio y servicio en común, para la gloria de Dios y la salvación del mundo.²⁸

Simultáneamente con este proceso de diálogo bilateral con la ELCIC, la Iglesia Anglicana de Canadá (ACC, por sus siglas en inglés) ha tenido que enfrentar las consecuencias de su ministerio en escuelas residenciales aborígenes, en las cuales se reconoce ahora que se ha abusado de un significativo número de menores aborígenes. La experiencia de ELCIC en acompañar a la ACC por la senda de la culpa, el arrepentimiento y la búsqueda de reparaciones para con las personas y comunidades aborígenes, muchas de las cuales son feligreses y dirigentes en la misma iglesia, ha acercado a las dos entidades eclesíásticas aún más. Mientras que la ELCIC ha tenido experiencia limitada de pastoral entre pueblos aborígenes, la experiencia de ACC ofrece oportunidades para aprender y crecer juntas –como iglesias y personas aborígenes y no aborígenes– al servicio de la misión de Dios en el mundo y en Canadá.

Anfitriona de la Décima Asamblea

Al planificar la tarea de ser anfitriona de la Décima Asamblea, la ELCIC ha optado por resaltar la perspectiva de hospitalidad.

La crisis de las granjas en Norteamérica pone en el tapete cómo las relaciones que sustentan la globalización económica hacen casi imposible que pueda haber comunicación entre los “ganadores” y los “perdedores”. En tiempos difíciles, los granjeros de ambos lados del paralelo 49 (entre EEUU y Canadá) se vuelven adversarios, porque operan en el marco de sistemas económicos nacionales separados. La iglesia y su expresión de comunión puede crear espacios donde se comparta información, donde se pida cuentas a los sistemas, y donde se inspiren relaciones alternativas. Si tomamos en serio las experiencias y vivencias de otras personas, eso nos va a transformar, incluso, y tal vez especialmente, en la iglesia.

(Consulta Norteamericana de la FLM-Año 2000)

Después de casi tres días de llanto y descargo del dolor y el trauma por las escuelas residenciales, la comunidad se congregó para un culto de reparación. Momentos antes de que se iniciara el acto, el arzobispo Michael Peers, primado de la ACC, pidió permiso para hablar: "... Junto con ustedes, he escuchado mientras narraban sus historias. ... Acepto y confieso, ante Dios y ante ustedes, nuestras faltas en las escuelas residenciales. Les hemos faltado. ... En nombre de la Iglesia Anglicana de Canadá, presento nuestra disculpa. ..." Un profundo silencio llenó la sala mientras la gente trataba de comprender el significado de esta acción. Luego se oyó el sonido de llanto por todo el recinto a medida que el impacto de la disculpa comenzaba a hacer efecto. La cura podía comenzar ahora.

(Informe de la Segunda Convocatoria Nacional Anglicana Indígena, 1993)

Cualquier sensación de barreras o separación en bandos de "anfitriones" y "visitantes" queda descartada cuando la hospitalidad se combina con el tema de la Asamblea. Al planificar nuestra reunión, confiamos en que Dios será nuestro anfitrión en Winnipeg y diariamente en todo el mundo, en el ámbito nacional, local y comunitario.

C. En preparación para la Asamblea

Se espera que el tema de sanación se refleje en el proceso global de vivencias, y no sólo en lo que se diga en la Asamblea. Considerando la naturaleza integral que implica la sanación, es importante que tengamos algo más que una simple asamblea de muchas palabras. La cura de recuerdos, relaciones y personas ocurre frecuentemente cuando se comparten historias, cantos y ritos simbólicos, como también en conversaciones entre personas. Además de nuestra mente, es preciso que participen nuestros cuerpos y nuestras emociones.

Las personas participantes traerán muchas diferentes preocupaciones en cuanto a la sanación, y muchos ejemplos de cómo se produce la sanidad en sus contextos. Debemos estar en disposición de escuchar y aprender mutuamente, saltándonos los límites que usualmente nos separan y nuestras preocupaciones particulares. De esta manera, se podrá madurar y profundizar lo que significa para la FLM ser una comunión.

En la mutua participación probablemente se harán patentes nuestras diferencias. ¿Cómo podemos escuchar y hablar de estas diferencias y de las diversas posiciones en cuanto a piedad y moral que tenemos las iglesias en nuestros distintos contextos culturales? ¿Cómo se puede incorporar la sanación en el 'trato' mutuo de las personas? ¿Cómo podemos superar lo que podrían ser caricaturas de las iglesias en "el norte" o en "el sur" y establecer una más auténtica relación de compartir y

recibir, de censurar y ser vulnerables? ¿Podrían darse actos simbólicos públicos de reconciliación que trasciendan el salón de convenciones? ¿Cómo puede esta Asamblea inspirar y potenciar a las iglesias afiliadas y a las congregaciones locales para ser comunidades de sanación, equipadas para una gama de ministerios sanadores en el mundo?

Vivir el tema durante los días de la Asamblea

Después de la apertura de la Asamblea, habrá una serie continua de oraciones de súplica que van a entretenerse durante el resto de los días. Una de las súplicas de una oración será la temática general de cada día. El culto enmarcará e impregnará cada día, desde la eucaristía matinal hasta las oraciones de mediodía y las oraciones vespertinas, al igual que ocasionales actos culturales de sanación. Al empezar cada día rindiendo culto, se hace patente nuestro fundamento, nuestra identidad y la fuente de toda sanidad. Al comenzar alabando los dones de Dios que recibimos mediante el pan y el vino, elementos terrenales que ponen en contacto a cada persona consigo misma y con el mundo, y que nos potencian para enfrentarnos en conjunto a las dolorosas realidades que necesitan sanación.

Al congregarse las personas participantes en el salón de plenarios, voces de

Se anima a cada iglesia afiliada a que identifique historias o casos de modelos de sanación que en sus contextos se necesitan de manera especial. Muchos de estos van a ser compartidos brevemente durante varias de las sesiones plenarias de la Asamblea. Una de las noches quedan invitadas las personas participantes a compartir recursos, métodos y prácticas relacionadas con la sanación en diferentes contextos. El domingo, como parte de la celebración al aire libre, se invita a cada región a reflexionar sobre y llevar a la Asamblea símbolos sobre lo que significa para esas personas "el saneamiento de la tierra".

diferentes partes del mundo “clamarán” algunas de las necesidades de sanación en sus respectivos contextos, seguidas por la presentación plenaria del estudio bíblico por una de las regiones. Uno o ambos estudios bíblicos impresos (véase Parte II de este manual) servirá de base para este propósito. Después, pequeños grupos de estudio bíblico continuarán en el ámbito de los grupos temáticos (aldeas).

Los grupos temáticos (aldeas) cumplirán varios propósitos importantes para la Asamblea. Son el lugar donde:

- Se llevan a cabo las discusiones del estudio bíblico en grupos reducidos;
- Se van entablando relaciones más estrechas entre personas, se comparten experiencias, y esperamos que se den algunas experiencias de sanación;
- Se encarar y resuelven desafíos de comunicación intercultural;
- Se indaga y profundiza la sustancia teológica en cuanto a cuál debe ser

nuestro quehacer como comunión “para la sanación del mundo”;

- Se indagan y analizan los desafíos de sanidad en la iglesia;
- Se reflexiona sobre aspectos específicos del trabajo de la FLM, a fin de proponer directrices y nuevos compromisos en la futura labor de la FLM.

Debido a que aquí es donde tendrá lugar gran parte de lo esencial para el propósito de la Asamblea, se realizarán cinco sesiones de grupos temáticos. Del trabajo de éstos vendrá lo sustancial para el ‘mensaje de la Asamblea’ y las recomendaciones para el trabajo futuro de la FLM, que después será puesto a consideración de la plenaria.

Casi todos los días se dedicará una considerable cantidad de tiempo a las sesiones plenarias de negocios. Habrá una celebración pública especial al aire libre en domingo, y amplio tiempo para la interacción informal entre participantes de todo el mundo, como vivencia en conjunto de lo que significa ser transformados en una comunión.

Equipo redactor de los estudios bíblicos y ensayos para los grupos temáticos

En noviembre de 2001, se reunió un 'Equipo redactor del manual de estudio' de la Asamblea, integrado por doce personas de iglesias afiliadas de todo el mundo. Junto con integrantes del personal de la FLM, analizaron más a fondo el tema, proyectaron el contenido y su forma, y se prepararon para escribir los estudios bíblicos y los textos iniciales que sustenten y enfoquen la labor que se espera se realice en los grupos temáticos. La composición del equipo incluye a:

Manas Buthelezi (Iglesia Evangélica Luterana en África Austral), ex obispo de la Diócesis Central.

Christoffer H. Grundmann (Iglesia Evangélica Luterana de Hannover, Alemania), profesor de religión y artes de la sanidad, Universidad de Valparaíso (EEUU)

Norman Habel (Iglesia Luterana de Australia), Adelaide College of Divinity, Flinders University of South Australia.

Guillermo Hansen (Iglesia Evangélica Luterana Unida, Argentina), profesor de teología, ISEDET, Buenos Aires, Argentina.

Paul Isaak (Iglesia Evangélica Luterana en la República de Namibia), profesor y director de religión y teología, Universidad de Namibia.

Anastasia Malle (Iglesia Evangélica Luterana en Tanzania), Sociedades Bíblicas Unidas, Kenya.

Monica J. Melanchthon (Iglesia Evangélica Luterana de Andhra), profesora de Antiguo Testamento y estudios de la mujer, Gurukul Lutheran College, Chennai, India.

Cynthia Moe-Lobeda (Iglesia Evangélica Luterana en América), profesora adjunta

de ética cristiana en la Seattle University y en Fuller Theological Seminary.

Iara Müller (Iglesia Evangélica de Confesión Luterana en Brasil), pastora y cursando estudios en EEUU actualmente.

Tiit Pädam (Iglesia Evangélica Luterana de Estonia), rector del Instituto Teológico.

Barbara Rossing (Iglesia Evangélica Luterana en América), profesora asociada de Nuevo Testamento, Lutheran School of Theology en Chicago.

Turid Karlsen Seim (Iglesia de Noruega), profesora de teología (Nuevo Testamento), Universidad de Oslo.

Los autores de los estudios bíblicos se nombran al final de sus respectivos escritos. Los capítulos para los grupos temáticos (véase Parte III) han sido redactados mediante un proceso más cooperativo, de modo que la versión final refleja por lo general la autoría de más de una persona, y ha sido sometido a varias revisiones por parte de la editora, como también de otras personas. Expresamos un agradecimiento especial a quienes escribieron el texto inicial para estos capítulos:

- A. "El don sanador del Dios de la justificación" – Guillermo Hansen
- B. "El don sanador del Dios de la comunión" – Manas Buthelezi
- C. "Sanando las divisiones dentro de la iglesia una" – Guillermo Hansen
- D. "La misión de la iglesia en entornos de pluralidad religiosa" – Ingo Wulfhorst (personal)
- E. "Eliminando barreras que excluyen" – Iara Müller
- F. "El ministerio sanador de la iglesia" – Christoffer Grundmann
- G. "Justicia y sanación en las familias" – Paul Isaak
- H. "Superando la violencia" – Monica J. Melanchthon
- I. "Transformando la globalización económica" – Cynthia Moe-Lobeda
- J. "Sanando la creación" – Norman Habel y Cynthia Moe-Lobeda

Este Manual no hubiera sido posible sin la contribución significativa del personal de la FLM.



Notas

- ¹ Christoph Schwöbel, “The Quest for Communion: Reasons, Reflections and Recommendations”, en Heinrich Holze (editor), *The Church as Communion*, Documentos FLM 42 (Ginebra: Federación Luterana Mundial, 1997), pág. 277.
- ² Martín Lutero, “El Bendito Sacramento del Santo y Verdadero Cuerpo de Cristo”, en Ernesto W. Weigandt (editor), *Obras de Martín Lutero*, Tomo V (Buenos Aires: Publicaciones El Escudo, 1971) págs. 209, 210.
- ³ Schwöbel, *op. cit.* (nota 1), pág. 279.
- ⁴ La siguiente sección se basa en Jens Holger Schjorring, Prasanna Kumari, Norman A.Hjelm (editores), *From Federation to Communion: The History of the Lutheran World Federation* (Mineápolis: Fortress Press, 1997), págs. 353-419.
- ⁵ Wolfgang Greive (editor), *Between Vision and Reality: Lutheran Churches in Transition*, Documento FLM 47 (Ginebra: Federación Luterana Mundial, 2001).
- ⁶ Douglas John Hall, *Lighten Our Darkness. Toward an Indigenous Theology of the Cross* (Filadelfia: The Westminster Press, 1976), pág. 198.
- ⁷ Martín Lutero, “La Disputación de Heidelberg”, en Heinz Joachim Held y otros (editores), *Obras de Martín Lutero*, Tomo I (Buenos Aires: Publicaciones el Escudo, 1967), pág. 42.
- ⁸ Federación Luterana Mundial y Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, *Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación* (1997), versión oficial en español, párrafo 11.
- ⁹ Paul D. Hanson, *A People Called: The Growth of Community in the Bible* (San Francisco: Harper & Row, 1986), pág. 77.
- ¹⁰ *Ibid.*, pág. 397; pág. 417.
- ¹¹ Paul Chung, “An Ecumenical Legacy of Martin Luther and Asian Theology” (mecanografiado inédito), pág. 6.
- ¹² John J. Pilch, *Healing in the New Testament* (Mineápolis: Fortress Press, 2000), pág. 25.
- ¹³ Hanson, *op. cit.* (nota 9), pág. 398.
- ¹⁴ Larry Rasmussen y Cynthia Moe-Lobeda, “The Reform Dynamic”, en Karen L. Bloomquist and John R. Stumme (editores), *The Promise of Lutheran Ethics* (Mineápolis, Fortress Press, 1998), pág. 137.
- ¹⁵ Sallie McFague, *The Body of God* (Mineápolis: Fortress Press,), pág. 16.
- ¹⁶ Martín Lutero, “Catecismo Mayor”, en *op. cit.* (nota 2) pág. 147.
- ¹⁷ Catherine Mowry LaCugna, *God for Us: The Trinity and Christian Life* (San Francisco: Harper & Row, 1991), pág. 210. Gran parte de lo que sigue se basa en su interpretación histórica y re-concepción de la doctrina de la Trinidad.
- ¹⁸ Lee E. Snook, *What in the World is God Doing? Re-imagining Spirit and Power* (Mineápolis: Fortress Press 1999), pág. 29.
- ¹⁹ Sallie McFague, *Life Abundant* (Mineápolis: Fortress Press, 2001), pág. 143.
- ²⁰ LaCugna, *op. cit.* (nota 17), pág. 382.
- ²¹ Tercer artículo del Credo en el *Catecismo Menor* de Martín Lutero. Traducido del original para esta edición. EWW.
- ²² Michael Welker, *God the Spirit*, traducido por John F. Hoffmeyer (Mineápolis: Fortress Press, 1994), pág. 155.

²³ *Ibid.*, pág. 218.

²⁴ Douglas John Hall, *Canada Could Have a Future (and the Churches Could Help!): An Exercise in Contextual Theology*, disertación de la serie: "Keeping the Spirit Alive", St Stephen's College, Edmonton y Calgary, 1998.

²⁵ Indian and Northern Affairs Canada, sitio Web oficial en 'internet', abril de 2002.

²⁶ Hall, *op. cit.* (nota 24)

²⁷ Reginald W. Bibby, *Fragmented Gods: the Poverty and Potential of Religion in Canada* (Toronto: Irwin Publishing, 1988), *There's Got to be More: Connecting Churches and Canadians* (Winfield, BC: Wood Lake Books, 1995), *Mosaic Madness* (Toronto: Stoddart, 1990).

²⁸ Called to "Full Communion" (Llamado a la 'plena comunión'), documento adoptado por la convención nacional de la ELCIC y el Sínodo General de la Iglesia Anglicana de Canadá, 2001.